

Discursos eróticos de las mujeres heterosexuales sobre el cuerpo masculino

Nadya Blanco Guzmán

Universidad Nacional de Costa Rica
nadiasbg@gmail.com

Recibido: 13 de octubre de 2023 / Aprobado: 12 de enero de 2024

Resumen

Esta investigación analiza los discursos eróticos sobre el cuerpo masculino provenientes de mujeres heterosexuales de dos grupos de edad quienes pertenecen a sectores populares metropolitanos. Se indaga lo que ellas han experimentado en distintas etapas de la vida y en las dimensiones del contacto físico, las fantasías, los sueños eróticos y sus deseos hacia el futuro. Se analizaron nueve historias de vida y un grupo focal con ocho participantes, en el cual se proyectaron fotografías de cuerpos masculinos. Los hallazgos muestran continuidades y rupturas discursivas entre las generaciones, vinculadas a las transformaciones de los discursos sobre la sexualidad y los derechos de las mujeres en las familias, las ciencias, la educación y la cultura. En los años ochenta se identificaron transformaciones sociales en el contexto costarricense que produjeron un movimiento de revolución sexual con particularidades locales. En medio del control patriarcal sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres, las participantes del estudio mostraron valientes esfuerzos por vivir sus derechos sexuales. Los cambios contextuales ofrecieron a las jóvenes mayores oportunidades para posicionarse como sujetos eróticos activos frente a los cuerpos masculinos deseados sexualmente, con un *Yo erótico* y una autoestima más fuertes.

Palabras clave: sexualidad femenina, erotismo, deseo sexual, cuerpo masculino.

Abstract

This research analyses the erotic discourses on the male body coming from heterosexual women of two age groups who belong to metropolitan popular sectors. It investigates what they have experienced in different stages of life and in the dimensions of physical contact, fantasies, erotic dreams and their wishes for the future. Nine life stories and a focus group with eight participants were carried out; in the focus group were projected photographs of male bodies. The findings show discursive continuities and ruptures between generations, linked to the transformations of the discourses on sexuality and women's rights in families, science, education and culture. In the eighties, social transformations were identified in the Costa Rican context that produced a movement of sexual revolution with local particularities. Amid patriarchal control over women's bodies and lives, the study participants displayed courageous efforts to live out their sexual rights. The contextual changes offered the young women greater opportunities to position themselves as active erotic subjects in front of the sexually desired male bodies, with a stronger *erotic self* and self-esteem.

Keywords: female sexuality, eroticism, sexual desire, male body.

Introducción: ¿Por qué estudiar el erotismo femenino?

Este artículo versa sobre la investigación *Discursos eróticos sobre el cuerpo masculino en historias de vida de dos generaciones de mujeres*, la cual fue presentada como tesis para optar por el grado de Maestría en Estudios de la Mujer en Costa Rica, como un aporte al conocimiento sobre la sexualidad femenina y, en particular, sobre el placer erótico de las mujeres heterosexuales.

En las culturas patriarcales se ha denominado como natural el dominio de los hombres sobre las mujeres y se han definido las funciones de ellas al servicio de las necesidades masculinas. De esta manera, en los órdenes de la economía, las leyes, la política, la religión, la vida familiar y social, se ha privado a las mujeres de su condición de personas con derechos.

Bajo esos términos, históricamente los cuerpos de las mujeres y la sexualidad femenina se han considerado como objetos del placer sexual masculino, que también son necesarios para la reproducción y la construcción del patrimonio de los hombres. Así, las mujeres han sido cosificadas y se ha justificado la violencia y el abuso sexual contra ellas.

Los discursos dominantes sobre el erotismo vienen de hombres que desean cuerpos femeninos y esta dinámica unidireccional se suele naturalizar. A pesar de que la sexualidad femenina ha sido abordada por las religiones, las ciencias, la filosofía y el arte, así como por la publicidad y el sentido común popular, se conocen pocos estudios sobre el discurso erótico de las mujeres como sujetos capaces de definir sus propias vivencias, deseos y objetos eróticos. Tradicionalmente, las ciencias han definido como natural que las mujeres se comporten de manera pasiva frente a los hombres en la dinámica del deseo sexual, sin considerar el intrincado orden de dominación social que ha controlado y limitado sus posibilidades de expresarse y decidir. Ante esta situación:

El feminismo debe insistir en que las mujeres son sujetos sexuales, actores sexuales, agentes sexuales; en que nuestras historias son complejas e instructivas; en que nuestra experiencia no es una página en blanco, ni una mera repetición de lo que se ha dicho de nosotras; y en que, tanto como la brutalidad que hemos sufrido, el placer que hemos vivido es una guía para la acción futura [...] No basta con alejar a las mujeres del peligro y la opresión; es necesario moverse hacia algo: hacia el placer, la acción, la autodefinición. El feminismo debe aumentar el placer y la alegría de las mujeres, no solo disminuir nuestra desgracia [...] Para seguir adelante entre obstáculos y frustraciones, el feminismo debe investigar a fondo el placer de las mujeres y surtirse de esta energía. (Vance, 1989, p. 48)

Este trabajo explora los discursos eróticos de las mujeres heterosexuales al experimentar el deseo sexual de manera activa hacia los cuerpos masculinos, como un ejercicio con fuertes implicaciones políticas que, si bien plantea la opresión y la vio-

lencia contra las mujeres, resalta el poder de su placer en la sexualidad y la libertad de autodefinirse.

El objetivo general fue explorar los discursos eróticos sobre el cuerpo masculino presentes en las historias de vida de dos generaciones de mujeres. Se siguieron tres objetivos específicos:

1. Identificar los discursos eróticos sobre el cuerpo masculino que han desarrollado mujeres de dos generaciones a través de sus etapas vitales (niñez, adolescencia, juventud, adultez).
2. Analizar cómo se manifiestan estos discursos eróticos en las dimensiones de las vivencias, las fantasías, los sueños y los deseos a futuro.
3. Definir las particularidades y semejanzas entre los discursos eróticos de los dos grupos generacionales de mujeres.

El estudio fue de tipo exploratorio y siguió una metodología cualitativa enmarcada en los estudios de la mujer y las teorías de género, con perspectiva posmodernista-feminista. Si bien se aborda un fenómeno heterosexual, se hace bajo el entendido de que se trata de solo una de las dinámicas que existe en la enorme gama de la diversidad sexual y en las identidades de género. El deseo sexual femenino heterosexual es el que tradicionalmente ha sido aceptado como regla para todas las mujeres, pero aun así se conoce poco al respecto.

Se analizaron los discursos eróticos de las participantes, caracterizadas por ser mujeres costarricenses de sectores populares de la gran área metropolitana, con poco acceso a la educación superior y autodefinidas como heterosexuales. Por tanto, no se pueden extrapolar estos resultados a las mujeres de sectores privilegiados, las mujeres campesinas e indígenas, migrantes, con discapacidad u otras orientaciones sexuales, pues esto requeriría metodologías y consideraciones distintas.

La sexualidad representa un desafío para la investigación feminista, ya que es una intersección de lo político, lo social, lo económico, lo histórico, lo personal y lo vivencial que enlaza comportamiento y pensamiento, fantasía y acción [...] Las feministas necesitan análisis y metodologías sofisticadas que les permitan examinar cada campo por separado, así como sus múltiples intersecciones. Al reconocer estas capas de información sexual, somos más cautelosas a la hora de formular y adoptar generalizaciones, incluso con respecto a un grupo aparentemente homogéneo. (Vance, 1989, p. 34)

Se combinaron técnicas de recolección de datos para contrastar y validar la información por principio de triangulación. La mayor parte de la información provino de las historias de vida temáticas (enfaticando la historia de la sexualidad de las participantes) y se complementó con los hallazgos del grupo focal, en el cual se utilizaron medios audiovisuales como técnicas no intrusivas.

En ambientes de confidencialidad y en seguimiento a medidas éticas¹, las participantes fueron consultadas a través de las historias de vida sobre cómo experimentaron el erotismo en las distintas etapas de su vida (niñez, adolescencia, juventud y adultez), así como en las dimensiones de las vivencias, las fantasías, los sueños y los deseos a futuro. Se formaron dos grupos de análisis: las jóvenes (18 a 35 años²) y las adultas maduras (45 a 60 años).

El grupo focal registró las expresiones verbales y no verbales del deseo sexual manifestado por las participantes ante fotografías de cuerpos masculinos diversos que previamente se habían seleccionado con apoyo del equipo asesor del estudio.

Se entiende por “discursos eróticos de las mujeres acerca del cuerpo masculino” a las comunicaciones verbales y analógicas que manifestaron las participantes con respecto a la manera en que ellas se han relacionado eróticamente con el cuerpo de los varones. Para Lagarde (2002), el erotismo tiene por protagonistas a los sujetos particulares y a los grupos sociales; tiene como espacio al cuerpo vivido, y consiste en acciones y experiencias físicas, intelectuales y emocionales, subjetivas y simbólicas, conscientes e inconscientes, así como en formas de percibir y de sentir, tales como la excitación, la necesidad y el deseo, que pueden conducir o significar por sí mismas goce, alegría, dolor, agresión, horror y, finalmente, pueden generar placer, frustración o malestar de manera directa o indirecta.

La información recolectada fue examinada desde el análisis de género, el análisis de discurso de Teun van Dijk (1996) y el análisis de las historias de vida. Esto permitió poner al descubierto sistemáticamente las estructuras del discurso de las participantes en relación con las estructuras ideológicas de sus contextos sociales, políticos y culturales, e identificar relaciones de poder de clase, género, edad, entre otras. También se incluyó la interpretación y las reflexiones que ellas mismas efectuaron sobre sus vivencias.

Como se planteó, los resultados de esta investigación no pueden ser generalizados a las mujeres de otros sectores costarricenses o del mundo. Sin embargo, los conocimientos obtenidos pueden servir de base para la realización de nuevas investigaciones adecuadas a cada contexto y grupo de estudio.

Antecedentes: El erotismo femenino como objeto de estudio

La histórica dominación patriarcal ha limitado el estudio objetivo de la sexualidad y

-
- 1 La participación fue voluntaria. La posibilidad de ser parte del estudio se motivó a través de talleres sobre sexualidad femenina y derechos sexuales desarrollados en grupos organizados de mujeres en comunidades de sectores populares. Posteriormente, se construyó una lista con las personas que expresaron interés en compartir sus historias. Todas las participantes firmaron un documento de consentimiento informado que les fue cuidadosamente explicado y sobre el cual ellas pudieron hacer las preguntas que consideraron importantes.
 - 2 En la legislación costarricense la juventud contempla edades entre los 13 y los 35 años, por eso el primer grupo de mujeres adultas representan esta población. El segundo grupo contempla a mujeres que tenían aproximadamente la edad de las madres de las primeras, lo cual facilitó la comparación generacional.

el erotismo femenino, ya que la religión y la ciencia postularon por milenios un modelo de la realidad basado en una supuesta superioridad masculina instaurada por la naturaleza o por Dios, según la cual, el placer femenino no solo era un asunto sin relevancia, sino “peligroso”, por ser, desde la visión judeocristiana, causa del pecado original y la perdición de la humanidad.

Como parte del ejercicio de la presumida superioridad masculina, se instauró una división sexual del trabajo que asignó a las personas roles y espacios de actuación según el sexo, y esto se esencializó como algo natural. La constitución del orden social patriarcal se vio acompañado de la fundamentación de un sistema simbólico que afianzó la dominación masculina y la sumisión femenina, al señalar lo permitido y lo prohibido para hombres y para mujeres, mientras se idealizó lo que caracterizaba a lo masculino y a lo femenino.

En consecuencia, los discursos dominantes en la sexualidad y el erotismo han girado alrededor de lo que respecta al placer masculino (falocentrismo) y la preponderancia de la reproducción de los hombres como patriarcas. La sexualidad femenina se instrumentalizó para el goce del varón y en el componente de la fertilidad indispensable para la heredad del patriarca. Que las mujeres disfrutaran del placer sexual como un fin en sí mismo y la posibilidad de manifestarse al respecto, estaban prohibidos para ellas, pues desde la visión religiosa constituía un pecado cuestionar el orden dado por Dios Padre. Este planteamiento se extendió al campo de la ciencia, la cultura y el arte. Por tanto, tal dominio ha incidido en una limitación del interés y la posibilidad de considerar la sexualidad y el erotismo femenino como un objeto de estudio digno de analizar.

Resulta curioso pensar que desde Hipócrates (300 a. C.) hasta el siglo XIX, en seguimiento al modelo masculino como patrón universal, se pensaba que el orgasmo era preciso para que las mujeres tuvieran un tipo de “eyacuación interna” y se realizara la fecundación. Aunque durante todo ese período las mujeres no contaban en general con condiciones libres y justas para ejercer su sexualidad, el placer del orgasmo se consideró consustancial a la concepción y a la responsabilidad que tenían ellas de tener hijos para el *pater familias*. Si bien esa creencia podía llevar a que en el mejor de los casos se procurara el placer femenino con fines reproductivos, también se suponía que, tal como ocurre en los hombres, si las mujeres quedaban embarazadas era porque habían tenido necesariamente un orgasmo. Esta complicada confusión entre el placer femenino y la reproducción invadió y caracterizó a la ciencia, así como a la interpretación de las realidades personales.

En un considerable período se agravó el entendimiento del placer sexual con la persecución de la herejía en la Inquisición (siglos XII- XIX). Los tratados de los padres de la Iglesia católica decretaban que se debía evitar el placer carnal y debían mantenerse las mujeres en estricta sumisión por ser “peligrosas”, ya que, según el mito de Eva, sus cuerpos eran fuente de pecado y perdición para los hombres. Era

nocivo que las mujeres se acercaran a la ciencia y debían obedecer a sus esposos como si ellos fueran Dios; por su parte, ellos tenían la obligación de mantenerlas en esta posición inferior usando la violencia de ser necesario, siendo el cuerpo uno de los principales espacios de dominación y explotación de las mujeres.

Ello condujo a la represión sexual de hombres y mujeres, pero en particular de estas últimas. Este mandato religioso se expandió desde los centros de dominación europea a los territorios colonizados, irrumpiendo con esquemas de género diferentes a los que se habían vivido con respecto a lo que significa lo femenino y lo masculino, así como a las maneras de experimentar la sexualidad.

Resulta interesante observar la contradicción que señala Michel Foucault (2005) en los discursos de represión sexual de las instituciones religiosas, pues mientras por un lado silenciaron y castigaron los pecados carnales, paradójicamente invirtieron gran atención y especialización en categorizar todas aquellas acciones, pensamientos y emociones que podían vincularse al placer sexual y el disfrute erótico, en una intención castigadora que guardaba, al mismo tiempo, cierto goce morboso y sádico. La confesión realizada por los sacerdotes fue uno de los principales dispositivos de poder a través de los cuales las personas detalladamente daban cuenta de lo que experimentaban en su intimidad, en un ritual en el cual debían sentir vergüenza y culpa por haber sentido placer sexual, y se les prometía la expiación de sus pecados a través de una penitencia.

El castigo del cuerpo a través del dolor o la privación se convirtió en un método de purificación de los pecados, así como la tortura, el linchamiento y el asesinato contra aquellas personas acusadas por ser herejes, siendo en su mayoría mujeres sospechosas de practicar la brujería.

En coherencia con el espíritu de la Inquisición, la medicina, bajo las órdenes de la religión, declaró la masturbación como una enfermedad debilitante y su prohibición una cuestión de salud pública a través de la obra *El onanismo* (Tissot, 2003) de Manuel Tissot (1728-1797). Las mujeres debían mantenerse puras y castas, siguiendo el arquetipo de la Virgen María, es decir, el símbolo sacrosanto y el modelo a seguir para las mujeres, el cual reúne las idealizaciones máximas de la cultura para representar lo femenino. Las mujeres debían imitar ese prototipo ideal de la perfección en una cruel aspiración imposible de alcanzar: ser virgen y ser madre. Como María, madre de Jesús, las mujeres debían ser absolutamente obedientes a la voluntad masculina, ingenuas y carentes de deseo propio. Cualquier manifestación de placer corporal de ellas por medio de la masturbación o el disfrute en el contacto físico con otras personas era considerada una aberración lujuriosa digna de castigo.

Con respecto al conocimiento sobre el funcionamiento de los cuerpos de las mujeres, desde el siglo XVI los anatomistas renacentistas mantenían como forma canónica humana el cuerpo masculino y no existía una anatomía femenina de la reproducción. Se explicó la sexualidad femenina como opuesta y complementaria a

la masculina, sin tener una nomenclatura anatómica para los genitales femeninos. Los dibujos anatómicos no correspondían a la realidad de las disecciones realizadas y semejabán estructuras para acoplarse a los genitales masculinos; poco importaba si se llamaba matriz, útero o vulva y la palabra vagina provenía metafóricamente de “vaina” o funda para cubrir la espada (Laqueur, 1990).

La historia del clítoris en la ciencia es reveladora, Mateo Realdo Colombo (1516-1559) fue el primer anatomista en diseccionar este órgano y en definirlo como la fuente del placer sexual femenino por excelencia, pero la Santa Inquisición consideraba el disfrute de la sexualidad demoníaco, por lo que se enterró este conocimiento. Fue hasta finales del siglo XX, cuando la uróloga Helen O’Connell se encargó de redibujar la anatomía completa del clítoris y de demostrar sus bastas conexiones nerviosas (O’Connell et al., 2000).

A finales del siglo XIX el placer sexual femenino seguía siendo incomprendido y problemático para la ciencia. Por un lado, se descubrió que la ovulación se realizaba espontánea e independientemente de la actividad sexual y que la fecundación se daba por el encuentro entre óvulo y espermatozoide, sin la mediación del orgasmo femenino; así, se podía prescindir de este para la procreación. ¿Pero entonces cuál podría ser la función evolutiva del orgasmo femenino si tenía un funcionamiento aparte de la reproducción? Una cuestión impensable desde la visión patriarcal.

Por otro lado, en las prácticas médicas, se utilizaban vibradores eléctricos para liberar a las mujeres de los síntomas de la histeria, en seguimiento a la teoría hipocrática de los humores. De esta manera, se teorizaba que la histeria se relacionaba con la represión del deseo sexual en las mujeres, en todo su sentido, físico y placentero. Así, la medicina podía ayudarles a las mujeres a descargar esa energía sexual acumulada, mientras que contradictoriamente, la sociedad victoriana les prohibía el placer sexual en el acto sexual y la masturbación; este no debía existir, pues las mujeres que transgredían esta norma eran juzgadas moralmente de lujuriosas o pecadoras, incluso de enfermas.

También en el siglo XIX, los padres de la sexología Krafft-Ebing (1840-1902); Magnus Hirschfeld (1868-1935) y Havelock Ellis (1859-1939), explicaron la sexualidad considerando que el instinto sexual masculino se manifestaba por incontrolables espasmos y el femenino se despertaba pasivamente por instinto reproductivo bajo la incitación del hombre. Es decir, los discursos de la ciencia abordaron el placer sexual, pero manteniendo un canónico orden jerárquico con el hombre como sujeto activo (Krafft, 1999; Hirschfeld, 1974; Ellis, 1929).

La expansión del discurso sexual fue creciendo hasta llegar a su apoteosis en el siglo XX con el psicoanálisis (Puleo, 1992). Si bien se dio una poderosa corriente teórica para describir la vida psicológica de los individuos con la figura del “inconsciente” y la explicación del desarrollo psicosexual diferencial entre varones y mujeres, la sexualidad femenina se constituía con un elevado coste psíquico en

una crisis edípica menos resuelta y con mayor predisposición a la neurosis. El mismo Sigmund Freud aceptaba que la sexualidad femenina continuaba siendo un “continente oscuro” (Weeks, 1985).

La figura de Freud (1856-1939) es polémica para muchas académicas feministas, pues mientras abrió la discusión científica a temas concernientes al sufrimiento psíquico de las mujeres y la sexualidad femenina, hizo planteamientos que desfavorecieron el entendimiento del placer sexual femenino. Por ejemplo, consideró inmaduro el orgasmo clitorídeo en contraste con el orgasmo vaginal, y negó los abusos sexuales que sus pacientes habían sufrido para justificarlos como fantasías.

En el siglo XX, las propuestas feministas (De Beauvoir, 2000; Vance, 1989; Rubin, 1996; Friday, 1973, entre otras) y construccionistas (Foucault, 2005; Weeks, 1985; Plummer, 2002; entre otros) trajeron una revolución radical al pensamiento contemporáneo que todavía está en movimiento y tensión. Esto debido a que se cuestionó el orden patriarcal inmerso en los planteamientos científicos y sociales; se plantearon nuevos paradigmas, enfoques y metodologías para visibilizar, analizar y comprender las relaciones de poder que se habían naturalizado o sacralizado. Anteriormente, la persecución mortal a quienes cuestionaban el sistema simbólico patriarcal no permitía que se pudiera tomar conciencia de que los discursos dominantes se habían esencializado; la aparición de los nuevos debates feministas y construccionistas desafiaron los nuevos contextos, con lo cual fue posible develar lo que antes era impensable, invisible o inexistente en el campo simbólico de las culturas: la eficaz estrategia de los discursos de dominación utilizados por los grupos que ejercen el poder para alcanzar el sometimiento y la desapropiación de las poblaciones mayoritarias.

Así también, se pusieron en entredicho las concepciones de la supuesta normalidad, ya que se plantearon nuevas bases epistemológicas y se abrió la posibilidad de nuevas interpretaciones de las realidades de género; consecuentemente, se propusieron nuevos enfoques y formas para investigar la sexualidad y el erotismo femenino.

El conocido movimiento de liberación sexual se manifestó en los centros mundiales de poder a partir de los años 60, pero este estuvo lleno de contradicciones para las mujeres. Si bien ellas podían contar con mayor permiso social para disfrutar de la sexualidad, estos discursos mantuvieron una definición masculina de la necesidad y el placer sexual, y se realizó una mayor mercantilización del cuerpo femenino (Weeks, 1985).

Los cambios culturales y legales que surgieron en los años 60 permitieron a las mujeres decidir su cónyuge, un aumento en las relaciones premaritales y extramaritales para ellas. Pero este avance en la liberación sexual no coincidió directamente con un desarrollo real de la autonomía de género de las mujeres.

La aceptación de que el placer sexual femenino es un objeto de estudio admitido para la sexología junto al placer sexual masculino, y que todavía tiene grandes

interrogantes, se ha venido logrando durante las últimas décadas. Por ejemplo, el matrimonio Masters y Johnson (2001), y la investigadora Shere Hite (1973), describieron la respuesta sexual humana con instrumentos estadísticos, y realizaron un planteamiento que contradijo lo que se había señalado en el pasado con respecto al orgasmo clitorídeo, pues lo definieron como el más experimentado por las mujeres.

En este contexto, varias pensadoras han desarrollado planteamientos y estudios desde las ciencias sociales. Nancy Friday (1973) estudió las fantasías sexuales de mujeres y hombres en los Estados Unidos. En el caso de las mujeres, ella explicó cómo los cambios históricos entre los años 60 y los 90 permitieron que ellas pudieran contar con un léxico más basto para describir los cuerpos y las actividades eróticas deseadas, así también documentó una disminución de las fantasías de violación.

En Latinoamérica, las investigaciones han mostrado cómo la sexualidad femenina se considera “para los otros”, con actitudes predominantes en las mujeres de pasividad, sumisión y obediencia (Lagarde, 2002). Las mujeres sujetas de estas investigaciones refirieron prácticas sexuales tradicionales acordes al orden patriarcal y en obediencia a los mandatos religiosos, con presiones para lucir hermosas y sensuales en la juventud para atraer un compañero y la obligación de tener relaciones sexuales, aunque no fueran placenteras para mantener el vínculo. Además, se registraron concepciones genitalizadas y visiones dicotómicas entre una sexualidad buena y mala, así como experiencias de un primer coito doloroso o insatisfactorio. Las mujeres entrevistadas describieron a los hombres como “más animales” y como los iniciadores del contacto sexual (Rivas, 1997; Ponce, 2001; Brenes et al., 1991; Preinfalk, 1998; Alfaro, 1999; Cruz y Queralt, 2000; Fernández, 2008; Quirós, 2005).

Estos estudios mostraron mayor libertad en las mujeres más jóvenes para utilizar la anticoncepción y un lenguaje más descriptivo e informado sobre el placer sexual, en contraposición a las mujeres de mayor edad, quienes con preceptos religiosos naturalizaron el tener que soportar la infidelidad y la violencia masculina, mientras rechazaron categóricamente la masturbación, el sexo oral o anal, las fantasías, los juguetes sexuales, así como orientaciones sexuales distintas a la heterosexualidad.

Finalmente, ¿es relevante el libro *What the women want?* de Daniel Bergner (2013), quien reúne nuevos cuestionamientos y metodologías para abordar el deseo sexual femenino por parte de diversos especialistas del contexto anglosajón. Expertos en conducta sexual animal revelaron que los estudios que se habían realizado anteriormente con distintas especies contenían prejuicios con respecto a la pasividad de las hembras y pasaron por alto datos trascendentales, como la agresividad y la dominancia de ellas, o la búsqueda activa de su placer sexual. Desde la endocrinología y las neurociencias, se puso en evidencia la complejidad que representa la excitación y el deseo sexual femenino, al punto de no encontrar una solución farmacológica viable para estimularlas, a diferencia de como ocurre con los hombres de manera más sencilla.

Los experimentos de la psicóloga Meredith Chivers (2007, 2005, 2012) mostraron material erótico audiovisual a hombres y mujeres de distintas orientaciones sexuales. Ella registró simultáneamente, el flujo sanguíneo genital de excitación y las declaraciones que cada uno o una anotaba sobre lo que les excitaba sexualmente. Los resultados revelaron que los hombres presentaban coincidencia en ambos registros según su orientación sexual, mientras las mujeres mostraron una actividad fisiológica sorprendentemente activa frente a prácticamente todas las escenas escenificadas o narradas, mientras brindaban respuestas escritas que respondían a lo esperado socialmente para ellas. Así, se demostró una discordia no solo entre cuerpo y mente, sino entre realidad y expectativa social³. Según Bergner (2013), esto evidencia que el deseo sexual femenino en su poder innato y variedad inherente es una fuerza subestimada y constreñida, frente a suposiciones tradicionales de que las mujeres son más aptas para la monogamia y la fidelidad que los hombres. Un aspecto adicional para considerar metodológicamente es que la información que las mujeres suelen brindar sobre sus experiencias eróticas íntimas depende del grado de confidencialidad con el que ellas cuentan.

Resultados de la investigación

Las mujeres informantes contaron con un ambiente de investigación de aceptación y apertura, lo cual facilitó que ellas pudieran expresarse ampliamente sobre el placer sexual que habían experimentado hacia los cuerpos masculinos en distintas épocas de su vida y en diferentes tipos de experiencia. En muchos casos, refirieron que hablaban sobre estos temas por primera vez y reflexionaron sobre su importancia. Esto denota que el abordaje metodológico fue acertado y que se han gestado cambios históricos sustanciales que permitieron que las mujeres de los dos grupos de edad estudiados produjeran discursos eróticos sobre su disfrute de los cuerpos masculinos, al sentirse ellas menos juzgadas socialmente en comparación con las mujeres de generaciones anteriores, según ellas mismas refirieron. Todas expresaron que el placer sexual femenino es un derecho, aunque en múltiples ocasiones en su vida han visto ese derecho coartado.

En medio de una socialización que concibe peligrosa la sexualidad masculina y justifica la violencia contra las mujeres, las mujeres que participaron en el estudio permitieron identificar continuidades intergeneracionales en su lucha personal e íntima por disfrutar del deseo erótico hacia los hombres. Se refirieron múltiples situaciones de violencia contra las niñas y las mujeres, en particular, abuso sexual.

3 Los resultados de Chivers deben ser utilizados con mucho cuidado, pues bajo ningún parámetro pueden interpretarse para apoyar los prejuicios de la cultura popular machista que plantean que “las mujeres dicen que no cuando quieren decir que sí”, y que justifican la violencia sexual masculina. Lo importante en términos metodológicos es considerar la gran barrera que pueden tener las mujeres para aceptar y expresar las sensaciones corporales de excitación sexual y sus pensamientos eróticos por el control social que han vivido y, en consecuencia, la importancia de una metodología apropiada para acceder a esta información.

Se refirió reiterativamente el acto mítico de la desfloración dolorosa y en algunos casos, la obligación de tener relaciones sexuales con la pareja, aunque no se obtuviera placer, lo cual evidencia la continuidad de un sistema patriarcal que utiliza a conveniencia los cuerpos de las mujeres y degrada su valor como personas.

Asimismo, se devela la capacidad de resiliencia de muchas mujeres para sobreponerse a los eventos traumáticos de la violencia sexual, pues lograron posicionarse personal y socialmente como sujetos con derechos de vivir la sexualidad con dignidad en nuevas relaciones de pareja más sanas; al desafiar los mandatos tradicionales de castidad y pureza para lo femenino, algunas mujeres realizaron cambios en sus contextos familiares y comunitarios para plantear con su ejemplo que el deseo y el placer sexual femenino son importantes para la vida de las mujeres, por supuesto, enfrentando una gran intromisión y crítica social.

Durante las etapas de vida, en las experiencias sexuales narradas, las informantes develaron la construcción de mapas diferentes del propio cuerpo de acuerdo con la generación. Las mujeres mayores parecen haber crecido durante la niñez y la adolescencia con “un hueco entre las piernas”, es decir, una manera de cognición y de experimentar las sensaciones corporales, según la cual se negaba la existencia biológica de la genitalia femenina, que les correspondió descubrir a través de los hombres. Al respecto, Luce Irigaray (2007) planteó coincidentemente que existe una gran heterogeneidad en la manera de vivir y de interpretar las experiencias de la sexualidad y el erotismo femenino que ha sido negada socialmente por los discursos falocéntricos sobre el erotismo humano; se ocultan los múltiples placeres sexuales que van más allá de la vagina, considerada como “un hueco para ser penetrado”.

Las jóvenes contaron con información “científica” en la educación pública que les permitió un contacto más empoderado con respecto a su genitalia y el placer sexual. Sin embargo, esta información siguió modelos biologicistas falocéntricos, y no fue suficiente para que ellas tomaran mejores decisiones vitales con respecto a la elección de pareja, el uso de anticoncepción para planificar la maternidad y la prevención o la respuesta ante la violencia en su contra.

En muchos casos las jóvenes escucharon que sus madres les decían desde niñas: “Usted con los hombres tiene que cerrar las piernas”. Coincidentemente las adultas maduras informaron decirles esta frase a sus hijas, pensando que eso significaba instruirles sobre la sexualidad abiertamente. En comparación con su propia experiencia hubo cierto avance generacional al intentar hablar sobre la sexualidad, pero no fue nunca suficiente para brindar una educación sexual integral a sus hijas. También se mencionó en un caso que la madre les ofrecía a las hijas comprar pastillas anti-conceptivas cuando ellas decidieran tener relaciones sexuales con sus novios, pero no existía confianza para hablar al respecto y había múltiples situaciones de riesgo; como resultado, las cuatro hijas quedaron embarazadas siendo adolescentes e incluso una de ellas a los once años.

Por otro lado, se observó una continuidad entre las generaciones en el sorprendente descubrimiento del poder sensorial de la respuesta sexual femenina, como la lubricación vaginal, interpretada originalmente como orina, aunque cada grupo generacional lo descubrió en momentos de sus vidas distintos: las jóvenes desde su pubertad y las adultas mayores en la juventud, muchas veces después de casadas.

La ausencia de información sobre la sexualidad femenina que vivieron las mujeres mayores en la niñez y la adolescencia, coexistieron con discursos familiares y religiosos patriarcales que castraban el deseo sexual y les exigía la virginidad. En su mayoría, durante la adolescencia se dio el inicio de las relaciones coitales en el marco del matrimonio con roles tradicionales y un total desconocimiento sobre la sexualidad, con acceso a métodos de anticoncepción solo a través de los esposos.

Las jóvenes también recibieron discursos familiares y sociales hacia el control y el castigo de la sexualidad femenina, sin embargo, los contextos ya habían sido permeados por nuevos discursos avalados por la ciencia que otorgaban valores de salud y bienestar al placer sexual de las mujeres. Ellas narraron con facilidad experiencias de masturbación, sueños y fantasías eróticas desde la niñez, siendo la edad más temprana en la cual se identificó placer erótico a los cinco años.

La adolescencia para las jóvenes estuvo llena de experimentación física con chicos de su edad o un poco mayores. Llamó la atención que las jóvenes fueron madres a más temprana edad que las mujeres mayores, a pesar de contar con información sobre sexualidad y anticoncepción. Las principales razones fueron la falta de confianza familiar y empoderamiento para utilizar métodos anticonceptivos, la irresponsabilidad masculina y la ausencia de proyectos personales que se dirigieran a la autonomía.

Las jóvenes vivieron en su mayoría una vida erótica satisfactoria en el disfrute de los cuerpos masculinos, nutrida con la oportunidad de haber tenido varios compañeros sexuales y, por ende, la posibilidad de comparar encuentros sexuales y cuerpos.

Las adultas en edad madura durante sus primeros años se mostraron tímidas y pasivas como objeto del deseo masculino y fue hasta después de su juventud, en la época entre los 36 y los 44 años, que descubrieron su potencial erótico en el contacto con el cuerpo masculino, gracias a discursos científicos que recibieron de los medios de comunicación colectiva. Coincidentemente, es a partir de ese momento que ellas manifestaron haber incorporado a sus experiencias eróticas los sueños, la masturbación y las fantasías sobre los cuerpos masculinos. Sin embargo, el contexto de vigilancia social las presionó a priorizar el cumplimiento de sus roles de género como madres y mujeres “decentes” miembros de iglesias, lo cual obstaculizó la experiencia placentera con el mecanismo de control de la culpa.

En cuanto a la expresividad de los discursos eróticos, las jóvenes realizaron descripciones muy detalladas con respecto a sus sensaciones frente a tipos de hombres y partes del cuerpo masculino que presentaban rasgos que les agradaban o disgusta-

ban, lo cual demostró el desarrollo de capacidades comunicativas. Esta libertad de expresión muestra el empoderamiento como sujeto sexual que ellas han tenido, al concebirse a sí mismas como personas con derechos de objetivizar eróticamente a los hombres, en contraste con las adultas maduras, quienes no contaban con ese léxico o mostraron silencio, risa o vergüenza.

Todas las participantes pusieron de manifiesto límites éticos para los contactos físicos con los hombres, ya fuera en la vivencia o la fantasía. Sin embargo, las jóvenes mostraron mayor capacidad para negociar con sus compañeros sexuales los niveles de complacencia y el respeto a los gustos propios, mientras las adultas maduras esperaban gentileza de sus compañeros, algunas sin poder defenderse ante las manifestaciones de violencia de ellos, como la violación sexual en el matrimonio.

Las mujeres mayores que se separaron o divorciaron coincidentemente descubrieron el placer erótico junto al segundo compañero sexual, y el destino de esa segunda relación dependió en gran medida del apoyo o la oposición familiar, así como de los discursos de su comunidad religiosa, que en algunos casos las condenaron como adúlteras.

Así, la religiosidad de las participantes fue un factor determinante como obstáculo para el ejercicio del placer sexual, mientras que la desobediencia o la creación de una posición personal disidente de los mandatos patriarcales representó una oportunidad para constituirse en sujetos eróticos y para disfrutar de una autoestima erótica saludable. Las participantes adultas maduras fueron mayormente afectadas por los discursos religiosos, mientras que las jóvenes se pudieron presentar socialmente como no practicantes o con una relación íntima con Dios en la cual se pactaban distinto las reglas.

En seguimiento al arquetipo de la Virgen María, mencionado anteriormente, las participantes mayores se mostraron pasivas para que los hombres actuaran sexualmente sobre ellas, mientras las jóvenes desarrollaron un ritual de seducción más activo. Sin embargo, en el juego erótico de acercamiento a los hombres se da una continuidad generacional, al tener ellas que ceder la posibilidad de realizar acciones directas y en su lugar, actuar de manera en la cual se les hace creer a los hombres que ellos están tomando la iniciativa, para que así no se asusten al verse fuera del guion patriarcal de la masculinidad hegemónica que los define como conquistadores o cazadores.

Con respecto al repertorio de prácticas sexuales, las mujeres de mayor edad describieron un contacto erótico con el cuerpo masculino menos variado y más pasivo en comparación con las jóvenes, quienes ven el sexo oral y la estimulación bucal de los pezones femeninos y masculinos como prácticas básicas del encuentro sexual. El sexo anal sigue siendo un tabú para todas las participantes.

Las fantasías eróticas fueron referidas por mujeres de las dos generaciones estudiadas, e incluyeron el tener relaciones sexuales con hombres de su cotidianidad u

hombres famosos en distintas circunstancias, el voyerismo, el exhibicionismo, prácticas de *trisme* y *swinger*⁴. La mayoría opinó que esas fantasías no son convenientes de llevar a la realidad, aunque algunas sí se lo han permitido con ciertos límites. Las jóvenes tendieron a ser más atrevidas en su elaboración fantasiosa y en algunos casos refirieron curiosidad con respecto a las experiencias lésbicas.

Los sueños eróticos iniciaron en la pubertad y fueron descubiertos con gran sorpresa por las participantes de ambas generaciones, pero algunas mujeres maduras los refirieron hasta la juventud. Ellas conocían sobre los “sueños mojados” masculinos, pero nadie les había hecho referencia sobre lo que experimentan las mujeres. Las jóvenes describieron con mayor claridad estas experiencias, el intenso placer sexual sentido y los contenidos oníricos, algunas veces controversiales o incluso angustiantes al despertar, por tratarse de contacto con hombres prohibidos o que en la realidad les desagradaban.

Se encontró una diferencia generacional abismal en la proyección a futuro del contacto erótico con los varones, pues la mayoría de las jóvenes se mostraron animadas a seguir experimentando el placer sexual y desarrollando su potencial creativo en los encuentros con los hombres, mientras las adultas maduras sin compañero sexual se mostraron tristes y conformistas con nulas oportunidades de tener contacto sexual en el porvenir, según explicaron, por la tendencia de los varones a buscar mujeres más jóvenes. En contraposición, algunas de las mujeres mayores se concibieron a sí mismas activas en su deseo hacia los varones independientemente de tener un compañero sentimental, a través de las prácticas de la masturbación, la fantasía, visitas a clubes de bailarines exóticos, el uso de material erótico y la picardía cotidiana.

Todas las mujeres consultadas se mostraron más propensas a desear hombres de su misma raza/etnia blanca o mestiza, pero las jóvenes se vieron más anuentes a experimentar sexualmente con hombres indígenas, orientales y afrodescendientes.

Las partes del cuerpo masculino más atractivas, eróticamente, para todas las participantes fueron las piernas, el rostro, el pecho, los brazos, la espalda, mientras el trasero y los genitales fueron las áreas más alabadas. Al referirse a los genitales todas hablaron sobre criterios estéticos como la simetría, el color y la apariencia saludable. Las jóvenes también mencionaron criterios funcionales de los genitales masculinos para alcanzar mayor placer sexual, como la rectitud y el tamaño grande pero no enorme.

Las características corporales rechazadas por ambas generaciones fueron el ser panzón u obeso, el aspecto desarreglado o sucio en el cabello, la barba y la vestimenta, así como la actitud arrogante e indiferente frente a los gustos de ellas. A nivel genital, disgustaron los penes torcidos, muy pequeños o flacos, las tonalidades

4 Tríos e intercambio de parejas.

contrastantes o la asimetría entre pene y testículos. Estos últimos fueron descalificados también cuando colgaban y no estaban apretados con firmeza contra el cuerpo. Para algunas jóvenes los pies resultaron ser partes del cuerpo masculino que, por su aspecto irregular y descuidado, disminuían o incluso bloqueaban el deseo sexual, al punto de evitar observarlos durante el contacto erótico.

Se identificó un enorme cambio generacional en la concepción de la estética erótica masculina, ya que las mayores priorizaron aspectos de la personalidad de los hombres, mientras las jóvenes observaron más los aspectos físicos. Las mujeres mayores mostraron menor injerencia sobre la estética de los cuerpos de sus compañeros sexuales, mientras las jóvenes fueron más exigentes. Cambios históricos mostraron divergencias en el gusto por el vello masculino, que para las mayores fue normal y solo molestó cuando lo consideraron exagerado, mientras las jóvenes consideraron la depilación como una muestra fundamental de aseo y del interés hacia los gustos femeninos.

Durante la realización del grupo focal, fue llamativa una dinámica de complicidad y risas entre las participantes, con mención de calor corporal y frases explícitas de deseo sexual o desilusión hacia las imágenes de cuerpos masculinos proyectadas. La imagen que produjo una respuesta más intensa fue la de un cuerpo masculino depilado y fuerte de un hombre blanco con un pene erecto estéticamente alabado por su simetría, color y dimensiones; las jóvenes expresaron pícaras y creativas fantasías de cómo utilizarlo para el placer sexual personal. También fue notoria una interacción intergeneracional de “choteo” de las participantes mayores hacia las jóvenes cuando ellas expresaban discursos atrevidos, lo cual pareció ser un mecanismo de represión entre las mismas mujeres; las mayores les dijeron frases como: “Hay que traerle la pastillita” o “Necesita baños de agua fría”, que representan imágenes de los métodos utilizados en el control hospitalario para tranquilizar a los pacientes psiquiátricos y particularmente a las histéricas en los manicomios. Estas expresiones de las mujeres mayores parecieron conceptualizar el erotismo femenino como una vía peligrosa que se teme lleve a la locura. Además, una de las mujeres mayores externó la mayor comodidad que tenía al no tener presentes a sus hijas en el grupo focal, pues de lo contrario se habría sentido cohibida. Así, existe un pudor entre las mujeres de diferente edad para hablar del erotismo y, en especial de las mujeres mayores para presentarse como sujetos eróticos ante su familia, mucho más si se trata de las hijas.

Es importante señalar que el análisis de las historias de las informantes permite plantear que en los sectores populares costarricenses durante los años 80 se desarrolló una revolución sexual, de un modo tardío a la acontecida a partir de los 60 en los países llamados desarrollados. Los grupos feministas marcaron una importante influencia en la vida política y cultural, y lograron un punto de giro histórico que permitió el desarrollo de discursos eróticos más empoderados, informados y libres

para las mujeres. En el sector de la educación y la salud se incorporaron programas que mencionaron la sexualidad femenina y la planificación familiar, además de que hubo una influencia de la cultura *pop* con ídolos femeninos que presentaron modelos de mujeres empoderadas en su sexualidad y en el deseo hacia los hombres.

Otro rasgo interesante en las historias de las informantes es la aparición de cultos religiosos alternativos a la Iglesia católica que variaron el discurso de control sobre la sexualidad femenina, en algunos casos para mostrar mayor aceptación, por ejemplo, de las divorciadas o, por el contrario, nuevos discursos de represión. Es importante también observar la posibilidad de mostrarse socialmente como una mujer no religiosa sin temor a mayores juicios sociales.

Es posible que esta revolución sexual no haya sido homogénea para todas las mujeres costarricenses, pues dependió de la clase social, el acceso a la educación y la información, así como de las manifestaciones del control social de las instituciones patriarcales sobre sus vidas. Esto pudo haber sido similar a lo ocurrido en otros países latinoamericanos, sin embargo, definir esto es menester de otros estudios. No obstante, cabe señalar una posible particularidad en el contexto costarricense, pues muchas naciones de la región latinoamericana en los años 80 sufrieron conflictos armados, en los cuales se utilizó la violencia sexual contra las mujeres como arma de guerra y humillación. En ese sentido, vivir una revolución sexual en contextos no militarizados puede presentar elementos particulares en la experiencia de las mujeres costarricenses, aunque no las haya librado de padecer otras muchas manifestaciones de violencia de género.

Para las participantes, constituirse en sujeto erótico significó el desarrollo de un *Yo erótico*, componente del *Yo*, para definirse a sí mismas como sujetos que desean y disfrutan los cuerpos masculinos. La conformación de ese *Yo erótico* se dio a través del desarrollo psicosexual, dependiendo de cómo se experimentaron situaciones particulares del contexto durante las diferentes etapas de vida y las decisiones que se fueron tomando. La posibilidad de ejercer el erotismo hacia los cuerpos masculinos fue el resultado de la desobediencia de los mandatos patriarcales provenientes especialmente de los discursos familiares y religiosos.

A través de este ejercicio metodológico las mujeres reflexionaron y evaluaron su vida erótica; en múltiples ocasiones fueron cosificadas y violentadas en sus derechos sexuales, con actos que fueron desde una educación que negó la existencia de su placer sexual y la capacidad de su erotismo, centrándose solamente en la experiencia del placer sexual masculino, al abuso sexual. Fueron narradas, en contraste, situaciones felices y satisfactorias que les permitieron experimentar placer sexual y libertad para que se manifestara su erotismo; expresaron información sustantiva sobre cómo se sintieron con respecto a su propio cuerpo en el contacto con el cuerpo masculino y cómo calificaron el desempeño sexual, propio y de la pareja. Así manifestaron ciertas fortalezas o fragilidades en lo que se puede denominar una *autoestima erótica*, que se relacionó con la seguridad personal ante sí misma y en el encuentro sexual con

los hombres reales o fantaseados, y que fue determinante para constituirse como sujetos del deseo erótico. Es decir, la auto percepción y la valoración de sí mismas en las experiencias eróticas facilitaron o limitaron las oportunidades para desenvolverse con seguridad en el disfrute del deseo sexual hacia los hombres.

La generación mayor de mujeres contó con menos oportunidades para constituirse en sujetos eróticos, mientras las jóvenes encontraron condiciones que facilitaron esa posibilidad, como más información sobre la sexualidad femenina y un menor grado de control represivo en su medio.

Conclusiones y recomendaciones

Las diferencias generacionales en los discursos de las participantes se pueden explicar en los cambios históricos sucedidos en Costa Rica a partir de los años 80, tiempo en el cual prosperó una revolución sexual para los sectores populares metropolitanos. Estas transformaciones sociales permitieron que las mujeres heterosexuales, a pesar de la violencia patriarcal experimentada, tuvieran una progresiva apertura al disfrute del erotismo femenino. Intergeneracionalmente, los discursos eróticos de las mujeres se expresaron progresivamente de manera cada vez más libre, pícaro y creativa, lo cual muestra que se crearon condiciones para su constitución como sujetos eróticos con mayores oportunidades para expresar el deseo sexual hacia los cuerpos masculinos, desde un *Yo erótico* y una *autoestima erótica* cada vez más fortalecida.

La metodología utilizada permitió que las mujeres se sintieran cómodas y que compartieran experiencias íntimas con apertura y sinceridad. Fue posible acceder a información sobre la sexualidad y el erotismo de las participantes, que incluyó tanto la violencia y la desigualdad de género, como el poder que representa el placer sexual y la posibilidad que tienen las mujeres de constituirse en sujetos eróticos con poder de elección y creación activa sobre sus experiencias corporales al disfrutar el contacto, la fantasía y los sueños con los hombres. Visibilizar el derecho al placer sexual y a la creatividad erótica femenina constituye un acto político de dimensiones importantes en la vida personal y colectiva de las mujeres, la cual significa una liberación histórica de sus cuerpos y subjetividades frente a la opresión patriarcal. Por tanto, se recomienda la utilización de esta metodología con los ajustes necesarios a los distintos contextos y mujeres participantes, tanto si se trata de investigaciones académicas como de abordajes grupales para el empoderamiento de las mujeres.

También es fundamental fortalecer el abordaje de la sexualidad integral en la educación pública, con la mención del placer sexual de las mujeres en el desarrollo humano, en términos biológicos, psicológicos, culturales y como un derecho humano. Asimismo, en la prevención de la violencia sexual desde la niñez es fundamental brindar herramientas de empoderamiento y denuncia, así como la promoción de nuevas masculinidades para construir relaciones de respeto mutuo, consenso y equidad.

Referencias

- Alfaro, Y. (1999). *Relaciones de pareja, identidad femenina y prácticas sexuales: Estudio de caso con mujeres de la consulta de control prenatal* [Tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica].
- Bergner, D. (2013). *What do women want?* New York: Harper Collins.
- Brenes, G., Cubero, M., & Naranjo, R. (1991). *Erotismo y moral sexual del costarricense* [Tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica].
- Chivers, M., et al. (2005). A sex difference in the specificity of sexual arousal. *Psychological Science*, 15(11), 736–744.
- Chivers, M., et al. (2007). Gender and sexual orientation differences in sexual response to the sexual activities versus the gender of actors in sexual films. *Journal of Personality and Social Psychology*, 93(6), 1108–1121.
- Chivers, M., & Timmers, A. D. (2012). The effects of gender and relationship context cues in audio narrative on heterosexual women's and men's genital and subjective sexual response. *Archives of Sexual Behavior*, 42(8), 187–197.
- Cruz, A., & Queralt, L. (2000). *Subjetividad femenina: Un análisis de género con cinco mujeres jóvenes dedicadas al modelaje* [Tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica].
- De Beauvoir, S. (2000). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- Fernández, D. (2008). *Vivencias de sexualidad femenina: Un estudio con mujeres que optaron por la esterilización, residentes en una zona rural costera* [Tesis de maestría, Universidad Nacional].
- Friday, N. (1973). *My Secret Garden: Women's Sexual Fantasies*. New York: Trident Press.
- Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Ellis, H. (1929). *Man and Woman: A Study of Secondary and Tertiary Sexual Characteristics*. Germinal.
- Hite, S. (1976). *The Hite Report on Female Sexuality*.
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal.
- Hirschfeld, M. (1974). *Men and Women: The World Journey of a Sexologist*. AMS Press.
- Krafft-Ebing, R. (1999). *Psychopathia Sexualis* (Original work published in 1886). Bloat Books.
- Lagarde, M. (2002). *Cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Laqueur, T. (1990). *La construcción del sexo: Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- Masters, W., & Johnson, V. (2001). *El vínculo del placer: El compromiso sexual de pareja: Cómo reactivarlo y mantenerlo*. Milán: Mondadori.

- O'Connell, H. E., Haller, B., & Hoe, V. (2020). Pasando de la clitoridectomía crítica. *Revista de Obstetricia y Ginecología de Australia y Nueva Zelanda*, 60(5), 637–639.
- Plummer, K. (2002). *Telling Sexual Stories: Power, Change and Social Worlds*. Essex: Taylor & Francis.
- Ponce, P. (2001). Sexualidades costeñas. *Revista de Antropología Social Desacatos*, (6), 111–136.
- Preinfalk, M. L. (1998). *Vivencias y prácticas sexuales de las mujeres jóvenes residentes en Rincón Grande de Pavas* [Tesis de maestría en estudios de la mujer, Universidad de Costa Rica-Universidad Nacional].
- Puleo, A. (1992). *Dialéctica de la sexualidad: Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Madrid: Cátedra Feminismos.
- Quirós, H. (2005). *La sexualidad en el adulto mayor costarricense: Estudio descriptivo de personas de 60 años o más, que asisten al Programa Integral para la Persona Adulta Mayor "Dr. Alfonso Trejos Willis" de la Universidad de Costa Rica*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Rivas, M. (1997). La diversidad en la norma: Algunas diferencias en las significaciones de la sexualidad femenina. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 12(1), 129–153.
- Rubin, G. (1996). El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política del sexo". En M. Lamas (Comp.), *El género: Construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tissot, M. (2003). *Enfermedades nerviosas o el onanismo: Disertación sobre las enfermedades producidas por la masturbación*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Van Dijk, T. (1996). Análisis del discurso ideológico. *Revista de Antropología*. México: Universidad Autónoma de México.
- Vance, C. (1989). *Placer y peligro: Explorando la sexualidad femenina*. España: Revolución S.A.L.
- Weeks, J. (1985). *El malestar de la sexualidad: Significados, mitos y sexualidades modernas*. España: Talasa.